

Introducción a las Jornadas de Lourdes de 2019

«**Bienaventurados vosotros, los pobres...**»

(Lucas 6, 20-26)

Con Bernardita para una curación del alma

*«Oh pobreza, fuente de riqueza,
Señor, siémbrenos alma de pobre».*

Este estribillo de Taizé puede ayudarnos a caminar por los pasos de Bernardita, para sacar provecho del tema de las peregrinaciones de este año, mientras hacemos memoria del jubileo de su nacimiento en la tierra hace 175 años y de su nacimiento en la verdadera Vida hace 140. La pobreza nos da miedo y con razón, ya que no somos capaces de afrontarla solos. Pero la pobreza toma el rostro de Bernardita y de Jesús en persona, ilumina nuestro propio camino, nos acerca a nuestros hermanos peregrinos de humanidad. Entonces, sí, la pobreza se transforma en fuente de riqueza. Es seguramente uno de esos secretos misteriosos que María confió a Bernardita y que no repitió nunca: vivió sencillamente de él.

Para introducirnos hoy en nuestro camino de peregrinación del 2019, me permito sondear el corazón de Bernardita con ustedes que, en mi opinión, quiere revelarse a nosotros. Propongo tres etapas que van a ayudarnos a curar nuestros corazones enfermos y, quizás, sepamos convertirnos en esos médicos del alma que tanto necesita nuestro mundo cansado.

- Quiero seguir siendo pobre
- ¡Por los pecadores!
- ¡Basta con amar!

Tres propuestas muy sencillas, pero quizás difíciles de poner en práctica. Son las que van a permitirnos animar nuestra peregrinación tras los pasos de Bernardita, ayudados de esta manera por sus tres secretos.

Quiero seguir siendo pobre

La insistencia con la que Bernardita rechaza cualquier ayuda, no solamente para ella, sino incluso para su familia que lo necesitaba mucho, puede hacernos pensar que también responde a una llamada. ¡La supera!

Una señora extranjera, con elegantes modales, llama a nuestra puerta para pedirnos poder verla [a Bernardita]... La hicimos entrar. No sabía como agradecerémoslo, hizo hablar [a la vidente] y permaneció durante más de una hora pendiente de sus palabras. Cuando la extranjera se disponía a partir, con la delicadeza de aquellos que saben dar, besó a la niña y le metió furtivamente una joya debajo del delantal. Como si le hubiera caído una brasa ardiendo, Bernardita se levanta de un salto y deja caer el regalo de la señora. Avergonzada por su movimiento, recogió el rollo de oro y se lo entregó amablemente a la generosa extranjera. Ninguna súplica consiguió decidirla a coger esa joya.

La madre de Bernardita confesaba: «Seríamos ricos si mi hija hubiera querido aceptar los rollos de oro que le han ofrecido a menudo y con insistencia». A un obispo que quería ofrecerle su rosario de oro, y recibir el de ella a cambio, le respondió: «A la Santísima Virgen no le gusta la vanidad». Un periodista

lo reconoce: *Ella se presenta sin timidez, como sin fanfarronería, y la curiosidad de la que es objeto no parece molestarla para nada. —Parece, la dije, que se ocupan mucho de usted en estos lugares. He oído hablar de usted en Bagnères, ¿lo sabe? —Me lo han dicho. —¿Le gusta? —Me da igual... Intenté deslumbrarla con la perspectiva de la riqueza: —Escuche, Bernardita... Tiene que venir a París conmigo y en tres semanas será rica... Yo me encargo de su fortuna. —¡Oh! No, no. Quiero seguir siendo pobre.*¹

Si deseamos vivir nuestra peregrinación con Bernardita, tenemos que elegir este camino de pobreza y para no equivocarnos, coger de la mano al más pobre de todos nosotros. Es así como el abate Pierre reclutó a su primer compañero de Emaús. Era un joven que quería suicidarse. El abate Pierre le dice: «Ayúdame primero a llevar un colchón a un pobre». Mirar más arriba nos lleva a envidiar las ventajas que no tenemos; mirar más abajo nos invita a abrir el corazón.

Las peregrinaciones han conocido un éxito a partir del momento en el que «cargaron» —según la expresión asombrada—, con enfermos e indigentes que no podían seguir. No podían seguir, entonces precedieron, abrieron la nueva vía de un camino de servicio y alegría.

Una peregrinación a Lourdes sólo puede invitar a pobres recogidos en cunetas de caminos: las personas enfermas, mayores y discapacitadas, pero también a desalojados, parados y todos aquellos que han perdido la esperanza. No sólo la encuentran, sino que desbordan de ella y nos la comparten: los organizadores también se descubren pobres de amor y Evangelio, recibiendo una alegría inesperada.

Es la alegría del jubileo. Éramos esclavos de cosas materiales, la obsesión del placer o del éxito, de la eficacia y la rentabilidad. Y nos volvíamos indiferentes al prójimo más cercano. El año jubilar es una apertura al cielo, a esa felicidad del otro mundo prometido a Bernardita, a aquellos que renuncian a procurarse la felicidad por sí mismos para recibirla de Dios, aquellos que quieren permitir que Dios conduzca libremente a su familia por un camino de vida. Encerrado en sus posesiones y seguridades, el hombre se ahoga. La pobreza le libera si está fecundada por el amor.

El año jubilar no quiere empobrecer a los ricos ni mantener a los pobres en un estado de falta, sino que pretende ponerlos juntos en la alegría de un nacimiento, de una vida que primeramente se recibe y por ello se la comparte.

Ser pobre no es interesante: todos los pobres son de esta opinión. Lo interesante es poseer el Reino de los Cielos, pero sólo los pobres lo poseen. Así que no penséis que nuestra alegría consiste en pasar nuestros días vaciando nuestras manos, nuestras cabezas, nuestros corazones. Nuestra alegría consiste en pasar nuestros días haciendo sitio en nuestras manos, nuestras cabezas, nuestros corazones al Reino de los Cielos que pasa.

Pues es asombroso saberlo tan próximo, saber que Dios está tan cerca de nosotros; es prodigioso saber que su amor es posible de tal manera en nosotros y sobre nosotros. Y no abrirle la puerta, única y simple, de la pobreza de espíritu...

Cuando vuestros bienes partan a voluntad de Dios, no habléis de pobreza, sino de riqueza. Como un ciego de vuelta a su tierra natal, sin ver, respirad el clima del Reino, calentaos bajo su invisible sol, palpad su tierra firme bajo vuestros pies.

No digáis: «Lo he perdido todo». Decid más bien: «Lo he ganado todo».

*No digáis: «Me lo quitan todo». Decid más bien: «Lo recibo todo».*²

1 R. Laurentin, Bernadette vous parle, I, p. 168, p. 173, p. 189.

2 Madeleine Delbrêl, *La alegría de crear*. Sal Terrae, 1997.

Madeleine Delbrel nos hace entrar en el espacio de un júbilo inesperado, el del Evangelio, cuya característica es el anuncio de la Buena Nueva a los pobres, el anuncio de un año de gracia de parte del Señor, dirigido a pequeños, enfermos y pecadores.

Si nos alegramos del nacimiento de Bernardita es que ya estamos preparados para regocijarnos por el don de la vida en la pobreza original. «*Pues ¿qué será este niño?*» (Lucas 1, 66). La puerta está abierta hacia lo desconocido, nuestros corazones apuestan por la esperanza. Oímos una palabra: «*Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco*» (Lucas 3, 22). En ti descansa mi Espíritu, mi soplo de vida que no te abandonará jamás.

Permanecer pobre con Bernardita es aceptar no ser dueño de lo que quiero emprender y confiar a Dios la organización de mi caravana. El peregrino debe aligerarse para poder andar y prepararse, a cambio, a abrir los ojos sobre las nuevas riquezas. Como organizador de peregrinación, responsable de hospitalidad, tengo que aceptar el llevar una cofradía de «inútiles», buscar incluso a esas personas que María quiere invitar y alcanzar, como ella misma se dejó visitar por el Ángel, como ella supo llamar a Bernardita.

Permanecer pobres con Bernardita nos hace volver a encontrar el secreto original de nuestras peregrinaciones, que los miembros de la Oficina Cristiana de las personas discapacitadas nos lo recuerdan aquí de inmediato, justo al entrar por la puerta de san Miguel del Santuario. Hacer una parada allí nos hace probar un poco la presencia de Jesús en medio de esa muchedumbre del Evangelio que necesita ser curada, ser amada, sencillamente. Preparemos desde casa nuestra peregrinación en este sentido.

En una sociedad en la que prevalecen el miedo, la búsqueda de protección, de advertencias, Lourdes abre nuestro corazón al Evangelio, la religión de los rostros. No tenemos que fiarnos de los ladrones, ni de los acosadores de todo tipo, sino que quizás tengamos que aprender a mirar a los desconocidos con los que nos cruzamos como lo hace Jesús y dejar aparecer en cada uno la maravilla de gracia que se le ha confiado. Nuestras peregrinaciones tienen que invitar a los que vienen como simples visitantes a venir con nosotros. Lourdes y el Evangelio concierne principalmente a los enfermos y pecadores.

«¡Penitencia... por los pecadores!»

«*¡Bienaventurados vosotros, los pobres!*» Dichosos los mendigos del perdón y de la misericordia. A Bernardita la invitan a beber y lavarse en la fuente. Para ello tiene que hundir sus manos en el lodo, se ensucia la cara, le cuesta tragar esa agua sucia. El agua de Lourdes no fluye de golpe completamente pura. El perdón, el don perfecto de Dios, debe atravesar la miseria de nuestras negativas para amar. La luz de la vida nueva, resucitada, debe primero enfrentarse con las tinieblas de la muerte.

Si aceptamos vivir en nuestras peregrinaciones la gracia de la invitación y del encuentro, si tomamos en nuestra caravana a estas personas a las que nos gustaría mucho dejar a un lado, si, en Lourdes, aceptamos cruzar nuestros pasos con aquellos a los que la Virgen invitó aquí, estamos dispuestos entonces a dejarnos guiar por la gracia, nuestros programas son animados desde el interior por el Soplo del Espíritu. Hace revivir lo que se había muerto.

Proponemos este año algo que va a extrañar y sin embargo nos hará simplemente repetir los gestos de Bernardita: meter con ella nuestras manos en el lodo, para luego dejarnos lavar y secar esas manos por nuestros hermanos. Es el gesto del sacramento de la Reconciliación, cuando recibimos, de un hermano pecador como nosotros, la gracia del perdón de Dios. Pero para eso debemos atravesar

el lodo de nuestros pecados: ya no nos desaniman, nos permiten encontrar la gracia del bautismo. Oímos «*Te perdono*», como habíamos oído «*Te bautizo*».

Queremos convertir nuestras existencias personales, y es nuestra sociedad, nuestro mundo, el que cambia. Lourdes es un lugar de redención de nuestra vida juntos. La historia de Bernardita, la historia oculta a los ojos del mundo, se enfrenta a la historia universal y la renueva, la fecunda desde dentro. La historia de los pequeños permite que la historia ordinaria acceda a su verdad.

Nació cuatro años antes de que Karl Marx publicara su famoso Manifiesto... ¡En esta familia es la pobreza extrema!... Bernardita dice que vio a una muchacha blanca en el hueco de la roca... Una vez que lo ha dicho, trabaja para ganarse el pan de los suyos, ayuda en la casa, responde lo menos posible a las preguntas. Permanece en silencio... Era de esta raza donde se hace correctamente lo que los acontecimientos, o Dios, te pide que hagas. Después permanece en silencio. ¿Qué necesidad de contar cien veces su historia?... Es porque esta historia pone al mundo en su sitio. Los privilegiados del Evangelio, no son casi nunca los más bellos, los mejores, los inteligentes y los bien nacidos. En tiempos de Cristo, como hoy, son afortunadamente las Bernarditas. Se habría dicho de Bernardita: «Es un caso social». Pero en Lourdes es ella quien nos recuerda el Evangelio. ¿Cómo miramos a los casos sociales? Nos juzgan.³

Bernardita murió diciendo «*Recen por mí, pobre pecadora*». No fingía. Abría su corazón. Se preparaba para entrar en la Vida. La esperanza es la desesperación superada. La verdad de la vida es el triunfo llevado sobre las fuerzas de muerte. Lourdes es el encuentro con la debilidad, la discapacidad, es el servicio de los enfermos y la acogida maravillada por la curación de los cuerpos, la revisión de nuestra existencia física; Lourdes es la zambullida en la ternura del corazón de nuestro Dios. Gracias al compañerismo con los más pequeños, nos gustaría seguir un camino de Misericordia que, desde el Calvario Bretón, a la entrada del santuario, nos lleve hasta la capilla de las confesiones, pasando por la Oficina Cristiana de las personas Discapacitadas, por las permanencias de la Hospitalidad y la oficina de las Constataciones Médicas, hasta ese lugar donde oímos al Señor mismo decirnos por la boca de un sacerdote: «*Tu fe te ha salvado. ¡Vete en paz!*»

«Hermano de nuestro Dios», escribía Juan Pablo II a propósito del santo hermano Albert, ese gran artista que abandonó su arte para vivir en compañía de los pobres. Así el futuro Papa también se dejó invitar a dejar su pasión por el teatro para seguir los pasos de Cristo, en compañía de los pecadores perdonados. Bernardita, siguiendo a María, primer discípulo de Jesús, no vacila en tomar sobre sus hombros «*toda la miseria del mundo*»: se resigna, no se rebela, demuestra, en un mundo que procura vivir mejor la plenitud personal, que la felicidad ya está ahí, en la apertura de la mirada y del corazón, cuando entramos en un intercambio de amor.

Bernardita nos revela la verdadera historia de nuestro mundo y nuestras vidas, aquella que no cuentan los manuales y los medios de comunicación. Bernardita nos introduce en ese país del alma y de los pobres que ya nos deja entrever un rincón del cielo, un poco la cara y el corazón de nuestro Dios. Sólo el realismo del amor muy concreto puede descubrirnos ese país del interior del corazón, a través de los gestos de un día a día que se deja provocar para amar lo invisible. No esperemos la narración de una experiencia asombrosa y mística: la anécdota producida por Julie Garros, una antigua compañera de Bernardita en Lourdes, que entró como ella, en Nevers, nos hace descubrir el cielo en lo más profundo de la tierra.

Un día, Bernardita, me encargó llevar de paseo a la madre Anne-Marie Lescure, que estaba ciega. Me dijo: —Ten el mismo cuidado que si fuera el buen Dios. Yo le respondí: —¡Ah!, la

3 P Pierre CALIMÉ, JGL n° 6, 25 de marzo de 1979, p 4.

diferencia es notable. Le pregunté por qué aquella enferma no llevaba completo su hábito religioso. A lo que me dijo: —Ven a verlo esta tarde. Fui, en efecto, y vi la llaga de aquella enferma, poblada de gusanos que Bernardita recogía en un plato. No pude soportar aquel espectáculo. Bernardita me dijo: —¡Vaya hermana de la caridad que vas a hacer! Tienes poca fe⁴

Adivinamos quizás de dónde viene esa misteriosa alegría que se siente cuando nuestro corazón es capaz de abrirse al espectáculo de la debilidad y del desenlace final. Ese espectáculo nos provoca el crecimiento de nuestra alma a las mismas dimensiones del corazón de ese Dios que crea a partir de la nada y ama a lo que no se puede amar, que se da a quien le rechaza. Participamos en el brote de la vida.

Así, la misma composición de nuestra peregrinación, la elección o el descubrimiento de nuestros compañeros de camino, nos hacen vivir el primer secreto de Bernardita: «*Quiero seguir siendo pobre*». La peregrinación es figura de la Iglesia, pueblo de paticojos donde seguimos en pie porque nos apoyamos unos a otros. Es el Señor quien nos coge de la mano y nos introduce en la gracia del segundo secreto: «*¡Penitencia... por los pecadores!*». El esfuerzo de apertura de nuestros corazones nos conduce a una caída de las prioridades: el éxito no es prioritario ni la rentabilidad de nuestras empresas, sino la bajada a lo más hondo de las almas marcadas por el egoísmo y el miedo. A través del lodo que nos mancha protegiéndonos, esta concha que se ha endurecido, dejamos brotar una fuente de perdón y vida nueva. Nuestra sociedad misma cambia, a partir de estos oasis de misericordia que nos invitan a crear la compañía de los pobres.

«¡Basta con amar!»

Este tercer secreto de Bernardita, escogido como título de una película, expresa bien lo que escribía en su cuaderno de Notas íntimas: «*No viviré un instante que no lo pase amando*». Edificar una capilla y venir aquí en procesión, he aquí el recado confiado a Bernardita dirigido a los sacerdotes. La comitiva de brazos rotos que llevamos a Massabielle, la visión realista de nuestra pobre humanidad, tal es la imagen de la misión confiada a la Iglesia, la familia compuesta de los pequeños, enfermos y pecadores curados y perdonados.

Reunión improbable de una caravana en el camino, el éxodo de Israel apenas sacado de la esclavitud y ya preparado para volver a él, esta es la verdad de una sociedad obligada sin cesar a dejarse poner del derechos con respecto al amor que se propone. «Una Iglesia pobre para los pobres», era el deseo del papa Francisco al día siguiente de su elección.

Del Calabozo fue sacado el padre de Bernardita para llevarlo a la cárcel, acusado por haber robado dos sacos de harina. El asunto se concluyó con un sobreseimiento. «*Es su estado de miseria lo que me induce a creer que pueda ser el autor de ese robo*», reconoció el Procurador. Pero queda grabado en la memoria y Bernardita, que salió para recoger leña el 11 de febrero de 1858, no quiere pararse en el prado del Sr. Lafitte: «*No nos vayan a tomar por ladronas*» ¿Quién podría entenderla? Quizás la que la estaba esperando en Massabielle: «*Podríamos ir donde el canal alcanza el Gave*».

Corremos el riesgo de dejar de lado a aquellos que, sin embargo, serían indispensables para indicarnos la dirección que tenemos que tomar. El papa Benedicto XVI ya nos ponía sobre aviso en su primera carta encíclica: «*La caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es una manifestación irrenunciable de su*

4 P René LAURENTIN, *Vida de Bernardita*, Herder, 2007, p 181.

propia esencia».⁵ Una Iglesia para los pobres no es una especie de actividad de asistencia, sino una familia atenta que escucha el murmullo de esos corazones donde Dios se ha escondido. No ama la administración de Pilatos ni los grandes sacrificios del Templo de Caifás, está «en otro sitio», con los que ya no se ven porque forman parte del decorado.

¿Y si lo que tenemos que hacer es olvidar nuestros deseos, nuestros proyectos? Podría ser el momento de descubrir en nosotros otra necesidad de curación, si es verdad que no conseguimos recibir al otro como un hermano. Pensemos en ese Presidente diocesano de Cáritas que reconocía que: «*He tenido una experiencia extraordinaria; me fui una semana con un grupo de personas en situación precaria. Cuando salí era “presidente”, cuando volví, era un hermano para esos hombres y mujeres*». ¿No es esa una curación de primera clase?

Durante estos días nos van a invitar a descubrir la «*Zona de orientación*», esos lugares de Lourdes que nos ayudan a señalar nuestra ruta, a partir de personas o signos que renuevan nuestras perspectivas. Entre otros, conoceremos a ese peregrino mendigo que fue san Benito José Labre, que murió como Bernardita a los 35 años, después de haber recorrido miles de kilómetros buscando a ese Señor que moraba en él. Se ha convertido en el patrono de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes. Se nos propone una peregrinación a los orígenes, si nos dejamos invitar por esas comunidades que refrescan el alma: Los tres centros de acogida para enfermos, la *Cité Saint Pierre*, el Cenáculo, diferentes casas que llevan nuestros pasos hacia ese «otro lugar» donde Jesús se revela en el rostro del más pequeño, del extranjero.

Estas casas no nos proporcionan la ocasión de dar limosna para ayudarles y luego pasar a otra cosa. «*No subcontratemos la fraternidad*». Nos ofrecen un modelo, un molde de vida en Iglesia, que puede inspirar la peregrinación y la continuidad que podremos dar cuando volvamos a casa. Bernardita, «buena para nada», tan solo para pelar zanahorias en el hospicio de Lourdes, y asumir en Nevers el empleo de enferma y el empleo de la oración, de hecho nos pone delante de los ojos la «felicidad del otro mundo» que le prometieron, como una oferta que nos está destinada, si queremos comprometernos en «un esfuerzo colectivo de renovación cristiana de la sociedad», como el papa Pío XII lo pide durante el Centenario de las apariciones.

Bernardita no da explicaciones, atrae simplemente. Se sintió amada en la Gruta, irradia la luz y ese amor recibidos. Al mismo tiempo, volvamos a decirlo, nos desestabiliza. La gente de Nazaret, en el Evangelio, no consigue reconocer en Jesús al profeta: «*¿De dónde saca éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No es su madre María?*». El poder de Dios no es lo mismo que la eficacia del hombre. Dios no es un superhombre; es un hombre, un verdadero hombre, no como nosotros, pecadores. No reniega su pertenencia a nuestra naturaleza, sino que la restituye en su verdad.

Así Bernardita, cuyo misterio escapa a su superiora: «*No entiendo por qué la Santísima Virgen eligió a Bernardita. Hay tantas almas, tan delicadas y bien educadas...¡En fin!*»⁶ Su sencillez es, de hecho, mucho más útil a su testimonio que las frases o comportamientos extraordinarios que asombrarían, pero que no llegarían a tocar nuestro corazón.

Y la Iglesia, que ama y prefiere lo que Jesús ha amado y preferido, no puede estar tranquila hasta que no haya llegado a todos los que experimentan el rechazo, la exclusión y que no cuentan para nadie. En el corazón de la Iglesia, ustedes nos dejan encontrar a Jesús, porque nos hablan de Él, no tanto con las palabras como con toda su vida. Y testimonian la

5 Benedicto XVI, *Deus caritas est* (Navidad 2005), § 25.

6 R. LAURENTIN, *Bernadette vous parle*, t. 2, p 358.

importancia de los pequeños gestos, asequibles a todos, que contribuyen a construir la paz, recordándonos que somos hermanos, que Dios es Padre de todos nosotros.

Es el papa Francisco quien se expresa así, todavía advirtiendo a los acompañantes de un grupo enviado a Roma para el Día Mundial de los Pobres:

«Las teorías abstractas nos llevan a las ideologías y las ideologías nos llevan a negar que Dios se ha hecho carne, uno de nosotros. Porque es la vida compartida con los pobres lo que nos transforma y convierte. Y piensen bien en esto. Ustedes no sólo salen a su encuentro, — también al encuentro de quien se avergüenza y se esconde—, no sólo caminan con ellos, esforzándose por comprender su sufrimiento, por entrar en su disposición [de ánimo]; sino que ustedes se esfuerzan por entrar en su desesperación. Además, suscitan entorno a ellos una comunidad, restituyéndoles de ese modo una existencia, una identidad, una dignidad».

Éste es seguramente el secreto de la felicidad revelada a los peregrinos que acompañamos. Son las piedras vivas de una capilla, de una Iglesia siempre en construcción. Son discípulos y misioneros de Jesús que viene para constituir una humanidad nueva. De vuelta a casa sabrán compartir, en encuentros organizados especialmente, o sencillamente en su vida diaria, la experiencia de un mundo, de una tierra que puede ser «la casa común». La peregrinación a Lourdes no es una bella experiencia que hay que archivar, es una etapa en el camino que hay que seguir.

Se trata pues de vivir los secretos de Bernardita, la luz del Evangelio. Preparamos nuestra peregrinación en compañía de los más pequeños hacia los que somos enviados. Aprendemos a mirar unos y otros con la mirada misma que Jesús pone en aquellos que encuentra en el camino, la mirada de María en Bernardita. Adaptándonos en Lourdes, ayudados por las comunidades como las ya citadas, o incluso las *Moradas de las Fuentes Vivas*, o la *comunidad Juan XXIII*, ayudados por los encuentros que hacemos en estos días, seguimos un Camino de Misericordia descubriendo el Perdón de nuestro Dios. Hemos aquí dispuestos a ponernos en marcha hacia esa capilla que se nos confía, oasis de Misericordia, guardiana de un Sople nuevo para nuestro mundo. Ponemos en Lourdes las bases de este Nevers del día a día, siempre acompañados por Bernardita que nos ha cogido de la mano, y no nos soltará hasta la entrada en ese Reino que nos ha permitido divisar. Sigue cuidando el jardín de nuestra alma.